

vez conocer vuestra insensatez? Atravesad con vuestra imaginacion por medio de diez y nueve siglos, y con la historia en la mano colocaos al lado del lecho de muerte en el cual el miserable Herodes concluyera una existencia pasada en la maldad y en el crimen. De una en otra generacion se ha trasmitido hasta nosotros la memoria de la asquerosa muerte del primer perseguidor de Jesucristo: y si quereis sin deteneros mucho leer en las últimas páginas de la admirable historia de los triunfos de la verdad católica, no dejareis de encontraros con algun coloso, que habiendo querido dominar al mundo entero, se vió obligado á contemplar desde una desamparada roca, que todo su poder se disipó como el humo ante los fuertes muros de la Iglesia. Empero tiempo es ya de que sigamos nuestra narracion, y vamos á hacerlo. La historia de la Madre de Dios está toda sembrada de maravillas: en cualquiera de los pasajes de su vida que meditemos encontraremos sublimes y elocuentísimas lecciones, siendo de gran importancia la que nos da al cumplir con el precepto de la Purificacion, de cuyo misterio vamos á ocuparnos.

## CAPITULO VIII.

Cumple la Santísima Virgen María la ley de la Purificacion, presentando su Hijo al Templo, donde profetiza Simeon, sobre los futuros padecimientos del Salvador y los dolores de su Madre.

Antes de entrar en la esplicacion del Misterio que es objeto del presente capítulo, debemos recordar dos leyes que el Señor habia dado á su pueblo por medio de Moisés. La primera es del Levítico y dice de este modo: «La mujer que por concurso de hombre pariere varon, será inmunda siete dias, y el niño será circuncidado al dia octavo; mas ella permanecerá treinta y tres dias en la inmundicia de su sangre, no tocando ninguna cosa santa, ni entrará en el santuario hasta que sean cumplidos los dias de su purificacion <sup>1</sup>.» La segunda se lee en el sagrado libro del Exodo, por la cual mandaba Dios que se le ofreciesen todos los primogénitos, tanto de los hombres como de los animales, como consagrados á su servicio <sup>2</sup>. Desde luego se comprende que María no estaba sujeta á la ley de la purificacion, ni su Hijo tenia necesidad de ser presentado al templo. Sin embargo, el Santo por esencia quiere confundirse con los hijos de los pecadores, y la pureza misma se presenta á purificarse. Vamos á contemplar de un solo golpe de vista estos admirables misterios en la relacion que de ellos nos hace el Evangelio.

«Luego que fueron cumplidos los dias de la Purificacion

<sup>1</sup> Levit. XII 2-4.

<sup>2</sup> Exod. XIII, 12 y 13.

»de María, segun la ley de Moisés, llevaron al Niño á Jerusalem, para presentarlo al Señor, conforme á lo que está escrito en la ley del Señor: Que todo varon primogénito, será consagrado al Señor, y para dar la ofrenda segun está mandado en la misma ley, un par de tórtolas ó dos pichones. Y hé aquí habia en Jerusalem un hombre justo llamado Simeon, que esperaba el consuelo de Israel, y el Espíritu Santo estaba en él. Y habia tenido revelacion del Espíritu Santo de que no moriria hasta haber visto al Cristo del Señor. Y movido del mismo divino Espíritu, vino al templo. Y cuando los Padres del Niño Jesus lo llevaron para hacer lo que mandaba la ley, él le tomó en sus brazos y bendijo á Dios diciendo: Ahora Señor, despide á tu siervo segun tu palabra en paz; porque vieron mis ojos al Salvador que nos has dado, y puesto á la vista de todos los pueblos la luz para ser revelada á los gentiles y para gloria de tu pueblo Israel. Y el padre y la madre estaban maravillados de las cosas que decian de él; y Simeon los bendijo y dijo á María su Madre: Hé aquí que este Niño ha sido puesto para la ruina y resurreccion de muchos en Israel y como blanco de contradicion: y una espada traspasará tu alma, para que sean descubiertos los pensamientos de muchos corazones. Y habia una profetisa llamada Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser: esta era ya anciana, y habia vivido siete años con su marido desde que se casó. Y esta era viuda, como de ochenta y cuatro años, y no se apartaba del templo, sirviendo día y noche en ayunos y oraciones. Y como llegase ella en la misma hora, alababa al Señor, y hablaba de él á todos los que esperaban la redencion de Israel <sup>1</sup>.

1 Luc. II, 22-38.

Tres misterios se nos presentan en el anterior relato evangélico: la purificacion de la Santísima Virgen: la presentacion de Jesus y la profecia de Simeon. De grande importancia cada uno de ellos, vamos á tratarlos por separado. Lo primero que se nos presenta es la Purificacion de María. Maravilloso es en verdad ver purificarse á la misma pureza. La ley, como antes hemos visto, estaba impuesta para las mujeres que concebian por obra de varon. Es, pues, evidente, como dice San Bernardo, que habiendo concebido María, no por obra de varon, sino por virtud del Espíritu Santo, no estaba sujeta á la ley. ¿Por qué, pues, cumple con ella? San Agustin lo esplica, diciendo que la gracia puso á María sobre la ley; pero que su singular humildad la puso debajo de la misma ley.

La grandeza de María no reconoce superior fuera del mismo Dios: ella habia recibido un privilegio que la enaltecia y elevaba sobre las demas criaturas: era madre, y sin embargo conservaba intacta la joya de su virginidad. El ser pues, verdadera Madre y pura Virgen, era un favor singular del cielo, un privilegio que la distinguia entre todas las criaturas. Honra tan estimable sacrifica María á la ley, á la virtud, á la mayor gloria de Dios. Cuando ignorando aun el destino á que estaba llamada se le presentó el Arcángel Gabriel para hacérselo conocer, manifiesta cuanto estima la virginidad, pues la opondrá al honor de ser Madre de Dios, diciendo: *¿Cómo puede ser esto, cuando no conozco varon?* Ahora presentándose á la purificacion, oculta con los velos de la humildad mas profunda, la gloria que la distingue. Ella sabe que no la comprende la ley de la purificacion por haber concebido, no á un hijo de hombre, sino á un Hijo de Dios; no por obra de hombre, sino por virtud del Espíritu Santo.

Ciertamente que la no presentacion de María al Templo, cumplidos los dias de la purificacion, hubiese servido de escándalo á los judios, y este escándalo no podia evitarse mas que por la revelacion del Misterio de la Encarnacion, ó por la sujecion de la Señora á la ley: y la que era un verdadero prodigio de discrecion, escogió el último medio. La gloria que podia resultarle es lo que mas deseaba evitar por su profunda humildad, á mas que sabia no era voluntad del Señor que por entonces fuese conocido el Misterio. Presentándose María á llenar las ceremonias prescriptas por la ley, dá á los hombres el mas bello ejemplo de humildad y respeto á las leyes.

En efecto, ¿qué habia de comun entre la impureza en que incurrian las demas mujeres al concebir por la via de la generacion carnal, y entre la perpétua é inviolable virginidad de la que por una obra admirable del Espíritu Santo concibiera al que era Hijo de Dios? Esto no obstante la Virgen María se presenta á purificarse de una mancha que no contrajera, y esto sin ocuparse ni por un momento de los altísimos privilegios que la enaltecian y la eximian de sujetarse á la ley, y sin detenerse á examinar su espíritu. Quiere cubrir con un tupido velo á los ojos del mundo su dignidad y su grandeza, y confundiéndose con la multitud de las mujeres de Judá, como que olvidada, digámoslo así, que es la Madre de Dios, teniendo tan solamente presente que es criatura y como tal esclava del Criador. El Padre San Bernardo, entusiasta por las glorias de la Santísima Virgen María, se estasia sin poder concordar su altísima dignidad con su abatimiento al confundirse con las mujeres pecadoras al presentar á su Hijo al templo. Si sois, esclama, la medianera de la salvacion, la que hallásteis tanta gracia en la presencia del Señor, la Madre del Salvador, y por con-

siguiente la Emperatriz soberana del cielo y de la tierra, ¿de dónde tanta humildad? Ya hemos dicho que María estaba destinada para ser la Maestra del mundo, y si no invoca para eximirse de la ley de la Purificacion los títulos que la ennoblecian, sujetándose á la ley mosáica, es para que el mundo aprenda en su ejemplo á dominar el orgullo que apoderándose del corazon de los hombres, los hace faltar á sus respectivos deberes oponiendo frívolos pretextos.

¡Cuán bello y admirable es el cuadro que presenta la esclarecida y purísima Virgen de Judá entrando en el templo para ofrecer á su Hijo divino! ¡Qué leccion tan elocuente, para anonadar la soberbia de los hombres! Estamos seguros, que si la conducta de la Madre de Dios, fuese imitada por todas las criaturas dotadas de razon, el mundo no solamente mudaria de faz, sino que desapareceria, digámoslo así, porque quedaria convertido en otro cielo. Empero considerar debemos no con menos admiracion el Misterio de la Presentacion del Niño de Dios al Templo, que ofrece los mas brillantes ejemplos de edificacion.

Hemos visto que la Santísima Virgen, á la que cumplia dar lecciones de la virtud de la obediencia en que estriba el bienestar de los individuos y de las sociedades, escedió las mismas leyes de la obediencia, sujetándose al cumplimiento de una ley que no la comprendia: pues no contenta con esto somete tambien á su cumplimiento á su divino Hijo Jesus: de suerte que en el misterio de la Purificacion, no solo vemos á la Madre de Dios, sujeta á la ley establecida para la generalidad de las madres, sino tambien al mismo Dios, cumpliendo las prescripciones mosáicas. El Unigénito del Eterno Padre, que ha descendido del cielo á la tierra, para reemplazar la ley de Moisés, con otra mas perfecta, se presenta al mundo, fiel observador de los mismos preceptos

que más tarde va á hacer cesar. Los privilegios sublimes de su filiacion divina le eximian de aquella ceremonia que tenia por razon el pecado de origen y el ser el hombre concebido en pecado. Esto no obstante, apenas cumplido el plazo señalado por el legislador del pueblo judío, se presenta en brazos de su Madre sujetándose con toda sumision á la ceremonia. ¡Qué portento de humildad y de anonadamiento! El renuevo de David y la flor de Jessé, se presentan en el Templo para dar fin á las alegorías bíblicas é inaugurar el reinado de la realidad, el imperio del Evangelio, porque lo que este código sagrado habia de enseñar á los hombres, lo practican Jesus y su Madre, para ser guias de los que habian de formar el nuevo pueblo, llamado á sustituir á la nacion judáica tan extraordinariamente favorecida de Dios, como ingrata á sus beneficios.

Séanos permitido, sino investigar los designios de Dios, porque esto es imposible á la menguada razon humana, al menos hacer algunas reflexiones que nos lleven al conocimiento de cuán necesario fué que Jesucristo se sujetase desde su nacimiento á las humillaciones para dar á Dios la honra que la impiedad y la ingratitud le negaban. Una rapidísima escursión al campo de la historia nos será suficiente. Sabido es que el hombre formado á imágen y semejanza de Dios, fué colocado en la tierra para tributar homenaje de respeto y adoracion al Todopoderoso. Despues de la caída primitiva, hasta la venida de Jesucristo, en vano buscaremos en el mundo otra cosa que un caos tenebroso de errores y de pasiones. ¿Dónde estaba el conocimiento del verdadero Dios en los antiguos pueblos? Por do quiera no se hallaba mas que un culto tan insensato como impío. Los vicios tenían altares y ante ellos se quemaba incienso. La Grecia, á pesar de su decantada ilustracion adoró ídolos de barro y

la misma Roma, poderosa capital del mundo no se avergonzaba de fundar su religion y la magestad de su culto, en tributar homenajes de adoracion á ridiculas deidades, deificando los mas asquerosos vicios. Para los paganos, todo era Dios excepto el verdadero Dios. Dichosas gentes, dice un escritor, que en todas partes encontraban dioses, en las ciudades, en las selvas y hasta en sus mismos huertos. Hombres de mas ilustracion que la generalidad, filósofos que estudiaron con asiduidad para hallar la verdad, se elevaron sobre las preocupaciones del vulgo; pero si nos dedicamos á escuchar sus lecciones veremos que ni del Pórtico ni del Liceo, pudo salir otra cosa, que bellos fragmentos de moral humana, mezclada de errores, mas á propósito para formar estóicos que hombres de razon. Todas eran dudas y tinieblas y los hombres que gozaban de mas reputacion por su sabiduría, caian necesariamente en los mas repugnantes absurdos.

Si todo esto es cierto, se nos dirá, tambien lo es que el pueblo israelista, conocia la verdad y adoraba al verdadero Dios. Cierto es que esta nacion privilegiada y tan visiblemente favorecida, estaba instruida en la escuela de los Profetas, y era la depositaria de las promesas del cielo, pero á pesar de sus juramentos se habia entregado tambien á la idolatría en presencia de su mismo Legislador. Dios habia hablado al hombre, instruyéndole acerca de sus deberes para con el Criador, primero por la ley natural que grabó en su corazon, y mas tarde por Moisés, la ley y los Profetas: mas así durante la ley natural como la escrita, el hombre se hace sordo y se resiste á recibir la instruccion del cielo. Así, pues, justamente cuando el mundo estaba inundado por un torrente de iniquidades, aparece el Hombre Dios, el Mesías prometido, y abatido en la ignominia del pesebre,

da á su Eterno Padre la gloria y el honor que le negaba un mundo, profundamente dormido en el sueño de la idolatría. Millares de víctimas se habian ofrecido á Dios en el templo, pero si bien las aceptaba, la sangre de los animales vertida por los sacerdotes y recogida con respeto por el pueblo, ni era suficiente para borrar el agravio que la Divinidad recibia por la general idolatría, ni podia aplacar la justa indignacion de Dios por el pecado del hombre. Por esto el Verbo se humanó, porque era el único que podia ofrecer un sacrificio de valor infinito constituyéndose sacerdote y víctima al mismo tiempo, en el árbol de la Redencion, y su sacrificio, podemos decir que empieza á ofrecerse en su presentacion al templo. El recién nacido de Belen, aparece en el tabernáculo, bajo la pobre apariencia de un hijo del pueblo, y siendo el santo de los santos, se presenta revestido con el traje de pecador. Dios Padre acepta aquel homenaje de humillacion y de respeto, y desde aquel momento mira á la humanidad no con la severidad del juez sino con el amor de Padre: la carne le habia ofendido en sus derechos, en término que no habia señalado otra causa para no permanecer en el hombre, sino que era de carne<sup>1</sup>: pero de esta misma carne se habia revestido su Hijo amado en quien tiene sus complacencias, y en ella se le ofrecen en el templo, y se ha de ofrecer mas tarde en sacrificio. ¡Oh! ¡Momento solemne en el que Jesus Niño, se presenta en brazos de su Madre ante el Tabernáculo de Israel! Enmudecen los falsos oráculos, se bambolean sobre sus pedestales los ídolos: el mundo muda de semblante y el verdadero Dios desconocido en Atenas y en otras ciudades no menos famosas por su ilustracion y adelantos en la política, es

<sup>1</sup> Non permanet spiritus meus in homine quia caro est. Gén. VI, 3.

reconocido y adorado. El horizonte del mundo anuncia la proximidad de un claro y despejado dia por el Sol divino de justicia, á la luz de cuyos brillantes y magestuosos rayos el hombre descubrirá la senda que le guiará á la patria. El mundo desconoció al verdadero Dios y se postró ante deidades fementidas, pero el verdadero Dios es reconocido y adorado en el templo por Jesus Hijo de Dios y Dios con él, desde los brazos de su Madre, y la Divinidad recibe con esto mas gloria y honor que agravio se le habia inferido.

Como en este acto, Jesucristo da á los que han de componer su pueblo, una idea perfecta del verdadero culto que se debe á Dios vivo, nos lo demuestra uno de los mas ilustres oradores que han honrado la Francia, en el razonamiento siguiente: «Habia dispuesto Dios que le fuese consagrado el primogénito de cada familia, como garantía de la dependencia de aquellos de quienes era cabeza. Pero cada uno de estos primogénitos solo era cabeza de su casa, y como la ley solo obligaba á los hijos de Israel, resulta que no podia de ello redundar á Dios sino un honor limitado. ¿Qué hace Dios? Escoge en la plenitud de los tiempos á un hombre, cabeza de todos los demas, cuya oblacion le es como un tributo universal ofrecido por todas las naciones y todos los pueblos; un hombre que nos represente á todos, y que haciendo, respecto de nosotros, el oficio de primogénito, responde á Dios de sí y de nosotros, á no ser que tengamos la audacia de desconocerle, y seamos tan ciegos que nos separemos de él: un hombre, dice el Apóstol, en quien todos los seres reunidos pagan á Dios el deber de sumision, y que mediante su obediencia, vuelve á poner bajo el imperio de Dios, todo cuanto el pecado habia de él sustraído. Esto es lo que el Espíritu Santo quiso